Núm. 2. *SEGUNDA SERIE.* FEBRERO 2 DE 1840.

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

LA ESPERANZA.

PERIÓDICO DE LITERATURA.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente á las covachuelas, y en la estampería de Valle, calle de Carretas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografía, y se publica un tomo de novelas. *Precios de suscricion*: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. *Con novelas*: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de que nuestros suscritores encuentren mas variedad con la lectura de las novelas, evitando al mismo tiempo el cansancio que naturalmente resulta cuando estas son demasiado largas, por la lentitud de la publicacion mensual, hemos dispuesto no dar ninguna que pase de tres entregas. La primera que verá la luz pública será la titulada Las dos rosas, *de Federico Soulié.*

Un imposible.

Continuacion

DE LA NOVELA ORIGINAL.

II.

Entraron; y á no ser por sencillos túmulos que aquí y allí se veian, nada indicaba el destino que tenia aquel lugar ameno. Por todas partes presentaba la naturaleza sus mas bellos adornos; y como el mayor número de árboles era de aquellos que conservan mas tiempo su verdor, parecia que la estacion habia perdonado á aquel recinto en gracia de su sagrado empleo. Allí no abrumaba el mármol fastuoso los humildes restos entregados á la madre comun de los hombres: un montecito de césped, una lápida no labrada, ó una mera cruz de madera, indicaban á los que aun vivian el sitio que encerraba las prendas de su cariño. Crecian en torno yerbas y flores, en cuyo aroma se creia respirar el alma de tan preciosas prendas; y guirnaldas frescas todavía manifestaban que su memoria no se habia sepultado en la tumba con ellas.

Al pie de una pobre cruz verde á que daba sombra un arbol del desmayo, vieron arrodillada en postura de humilde y fervoroso ruego á una jóven bella como el primer rayo del sol despues de noche tempestuosa. Sus largos y rubios cabellos que en anchos círculos caian sobre un cuello nevado, cubriendo en parte sus sonrosadas mejillas, el aire que ligeramente los mecia y desordenaba, y los rayos del sol que pasando por entre las ramas del arbol iban á coronar su frente, alternando con las sombras de las hojas en aquella figura celestial, todo la daba un aspecto aereo y vaporoso que la hacian semejante á los espíritus celestiales que el hombre justo ve en sus místicos sueños.

—«Deteneos, dijo Cárlos al sacerdote; sin duda la santidad y lo ameno de este sitio atraen á los ángeles que vienen á velar sobre la tumba de los seres virtuosos que su sagrado suelo encierra. Tal me parece al menos aquella jóven que en ademan de orar al pie de aquella cruz se encuentra.»

—«Angel es, replicó el cura, por la forma de su cuerpo y mas todavía por la hermosura de su alma. Esa es Elisa, hija de una señora viuda que pocos dias antes de darla á luz vino á este pueblo, y en él se fijó, unicamente ocupada desde entonces en la educacion de su hija que con mil virtudes le paga sobradamente sus amorosos cuidados. En ese lugar

reposan los restos de Eugenia, la compañera de su infancia, que una muerte prematura ha arrebatado de este mundo para llevarla á otro mejor donde se halla sin duda ahora. Un año hace hoy que fue depositado su cuerpo en ese sitio, y Elisa habrá venido á adornar aquella cruz con la verde guirnalda, tributo de su invariable afecto.

En esto la joven á cuyo oido llegó el acento del sacerdote, alzó la vista, y lo primero que sus ojos encontraron fue al joven madrileño que como en éstasis se hallaba embebecido mirándola. El carmin de sus mejillas se derramó por todo su rostro: dos ojos grandes y azules se fijaron en los de Cárlos, y ocultáronse luego bajo los abatidos párpados. Aquellos ojos brillaron en el sonrosado semblante, á manera que en una hermosa tarde de estío, las rojas nubes de Oriente, impelidas del aura suave, se abren y vuelven á juntarse, dejando ver un solo instante el azulado cielo que ocultaban. Pero la dulzura derramada por ellos en aquel breve espacio penetró hasta el corazon del embelesado joven.

Quiso Elisa, llena de confusion retirarse; mas Carlos entonces, por un impulso secreto, se acercó á ella y la dijo: —«No huyais, hermosa joven; no os avergonceis de mostrarnos cuan interesante es la piedad unida á la belleza. Si el cielo escucha y cumple los votos de los mortales, sin duda es cuando el ruego se eleva hasta el trono del Eterno desde seres tan bellos y puros como Elisa.»

Salió entonces de entre otras ramas una señora que de mediana edad todavía presentaba una de aquellas bellezas que empezando ya á declinar, acaso dan mas alta idea de lo que un tiempo fueron. Era la madre de Elisa. Así que vió al cura le saludó afectuosamente, y él dirigiéndola la palabra: Parece, dijo, que aun está viva en vuestra memoria la desgraciada Eugenia. Habeis querido renovar hoy el abundante tributo de lágrimas que há un año derramásteis sobre su tumba.

Pocos dias han pasado, contestó Teresa, (que así se llamaba la madre) sin que vertamos Elisa y yo algunas por tan sensible pérdida. Era, por decirlo así, mi segunda hija: su muerte nos ha dejado en una cruel soledad.

Ya en esto habia vuelto Elisa de su turbacion; y como maquinalmente se dirigió de repente á su madre y la abrazó con ternura: esta le correspondió con otro abrazo, y sonriéndole con amor, desapareció de su rostro, como un nublado, la tristeza con que cubierto le habia el anterior recuerdo.

D. Anselmo pronunció algunas palabras de consuelo, presentó á su supuesto sobrino que con aire cortesano les hizo su cumplido; y por ser ya algo tarde, los cuatro tomaron juntos el camino de la aldea.

Marchaban la madre y D. Anselmo en agradable conversacion, mientras Elisa y Cárlos iban silenciosos y pensativos. Aquella se paraba á veces, como sin saber lo que hacia, á coger algunas flores que se hallaban al paso, y á poco rato las dejaba caer con indiferencia. Cárlos seguia sin echarlo de ver todos sus movimientos, se paraba cuando ella se detenia, y solia coger las flores que dejaba caer, pero sin soltarlas nunca. Admiraba al propio tiempo aquella fresca y sonrosada figura que reproducia las bellezas del norte; y que formando un singular contraste con las morenas hijas del Bétis, causaba por lo mismo mas sorpresa é impresion. Elisa por su parte acostumbrada á verse por lo comun rodeada de gente rústica y grosera, en nadie habia visto nunca la gentil presencia, el ademan gracioso y finos modales del joven madrileño.

Detenernos en describir el curso de estos amores, seria repetir lo que ya mil veces habrán leido en otras historais nuestros lectores; pues los mismos afectos suelen reproducir las mismas situaciones y aun las mismas palabras.

III.

Hallábase la casa de Teresa casi á la entrada del pueblo. Por la parte de atras tenia un largo corredor, desde el cual se descubria todo el campo y parte del lugar. Allí estaba sentada una tarde Elisa, entregada á los pensamientos que la distraian en favor del joven madrileño. A su lado campeaban varias macetas y arbolillos. Habia echado á su espalda la cortina del corredor y á lo lejos miraba elevarse la torre de la iglesia á cuya inmediacion estaba la habitacion del bello joven que la ocupaba. Su imaginacion se enardecia con la vista de estos objetos; y hallábase en uno de aquellos momentos de exaltacion que produce el aspecto de la naturaleza y el largo meditar en prendas caras á un corazon apasionado. De re-

pente oye debajo del balcon los acentos de una guitarra tañida con primor; y en seguida una voz dulce, que al punto conoció, dió al viento la cancion siguiente:

Pensativo caballero,
Que en el ameno pensil,
No cuidando de las flores,
Miro triste discurrir;
¿Será que el amor tu pecho
Hirió con dardo sutil,
Y á la bella ansioso buscas
Que causa tu pena? Dí.
Sí, sí.

—

Sin duda fresca y galana
Será cual rosa de abril,
Y en blancura su albo seno
Vence á la nieve y marfil:
Dos cielos serán sus ojos,
Hechicero su reir.
¿No es este de la que adoras
El bello retrato? Dí.
Sí, sí.

—

Si la adoras ¿por qué callas?
¿Por qué en silencio sufrir?
Mira que amar sin decirlo
De su remedio es huir.
¿Recelas que con desdenes
Pague tu amor infeliz?
Y, evitando el ofenderla,
¿Temes sus enojos? Dí.
Sí, sí.

—

Pues qué, ¿no es tierna, sensible?
Y en su boca de carmin
Cuando llegas y sonrie
¿No ves tu perdon allí?
Alienta; que aquella boca
Con su voz de serafin
Si la preguntas, ¿me quieres?
Te dirá al momento: sí.
Sí, sí.

Sí, sí, repite Elisa enagenada y exhalando un suspiro sin reflexionar en lo que dice. Al punto el cantor se presenta, mira á la que ha repetido el sí tan deseado, vuela como una exhalacion, sube, y en un momento la joven turbada y confusa le mira ante sus pies.

—Repite, dice Carlos, repite esa palabra que llena de júbilo mi corazon. Repítela, y mira á tus plantas al que jura consagrarte á ti sola todos los momentos de su vida.

—¿Qué decis? responde Elisa; ¿qué es lo que haceis? Porque repetí inadvertida las últimas palabras de vuestra cancion, juzgais ya que....

—Perdonad, Elisa: mi corazon ardiente no sabe sentir sino con entusiasmo: acaso cede con harta facilidad á la pasion que le arrastra; pero esta pasion es pura; tiene por objeto á una muger digna de las adoraciones de todo el universo: y pues ya rompí el silencio que acaso debió siempre cubrirla, permitidme implorar á vuestros pies la piedad de que tanto necesito.

—Carlos, responde Elisa, en vano seria negar lo que yo misma no acertaria por mas tiempo á tener oculto. A pesar mio, salió del pecho el secreto que me atormentaba. Sí, Carlos, sí; vuestro amor, que creo sincero, no se ha dirigido á un corazon insensible.

Huye avergonzada al concluir estas palabras, y Carlos permanece entregado á todo el delirio de la mas completa alegria. De entonces desaparece á sus ojos, cuanto antes formaba el mas ardiente objeto de sus ansias. Ya no desea volver á abrazar á su padre: la corte tras que suspiraba un tiempo, pierde sus encantos todos, y el reducido pueblo que habita le parece la morada mas deliciosa del universo. Tiembla que su padre le mande restituirse al seno de su familia; pero aquel juzgando que en las circunstancias del dia era mas prudente que su hijo viviese desconocido en parage seguro, escribió á D. Anselmo manifestándole su agradecimiento por su generoso proceder, y suplicándole tuviese á bien continuar por algun tiempo sirviendo á Carlos de protector y amparo.

Fácil será juzgar del contento que causó á nuestro joven esta resolucion. Olvidado de cuanto pasaba fuera del reducido círculo que habitaba, corrian para él los dias alegres y felices entre la amistad y el amor. La madre de Elisa para quien no era un secreto el amor de su hija, lo aprobaba; y el buen sacerdote miraba ya en perspectiva la época en que él mismo bendeciria una union tan deseada, y con el fin de cimentarla y apresurar el término de ella, dijo á Carlos que convenia desengañar á la madre de Elisa sobre el su-

puesto título de sobrino suyo que tenia en el pueblo, y declararla quien era, para proceder en seguida con acuerdo de los padres á verificar el suspirado himeneo.

Corrió Carlos apresuradamente y lleno de las mas lisongeras esperanzas á seguir el acertado consejo de su bienhechor. Llegó á la presencia de la madre de Elisa, la declaró su nombre, la clase de su padre, los bienes que poseía, todo en fin, cuanto creyó necesario para darla á conocer la familia á que pertenecia. ¡Oh Dios! Conforme va hablando, el rostro de la madre se altera, pierde el color, vacila, y al fin dando un grito profundo cae sin sentido á los pies del asombrado joven.

Al momento se la prodigan los socorros que su situacion reclama. Vuelve en sí, y cuando recobra el habla, suplica á Carlos que se retire. Este obedece.

Hallábase refiriendo á D. Anselmo tan estraño suceso, y ambos se perdian en conjeturas sobre la causa que motivarla pudiera, cuando traen á Carlos una carta de Teresa. Abrela temblando, como quien prevee que aquel pliego va á decidir de su suerte, y lee las siguientes palabras:

«Señor D. Carlos. Esta carta causará sin duda á vuestro corazon la mas profunda herida: pero una terrible fatalidad me obliga á ser cruel con vos y hasta con mi propia hija. El enlace proyectado se presentaba á mis ojos con tan halagüeños colores como pudiera á los vuestros; mas no nos es dado ya cumplir nuestros dichosos designios. Armaos de valor; un arcano terrible, que me es fuerza callaros, os separa de Elisa: renunciad, pues á una muger que no puede ser vuestra.»

(*Se concluirá.*)

Livio Andrónico.

Este poeta fue el introductor de la poesía dramática en Roma. Su primera obra en este género salió á luz durante el consulado de Claudio Cethego y de Sempronio Tuditano, el año de Roma de 914, 240 antes de la venida de Cristo.

Oriundo de Grecia, como lo indica su nombre (*Andronikos*), fue esclavo y que recibió de su amo Livio Salinator, cuyos hijos habia educado, nombre y libertad.

Representaba en sus piezas, y con tal éxito, que habiendo perdido la voz y para complacer al público que le pedia, inventó colocar delante de él á un actor que cantase las palabras acompañado de una flauta, mientras que Livio accionaba. Este fue el origen que tuvo la pantomima en Roma. Ademas de poeta dramático, actor y mímico, era Livio poeta épico y poeta lírico.

Compuso una odisea latina y varios himnos en loor de los dioses. Se cita uno de estos trozos dedicado á Juno, que se cantó publicamente en Roma por veinte y siete jóvenes en los juegos que dió Salinator en cumplimiento del voto que habia hecho en lo recio de la batalla de Sienna, á la diosa de la juventud. En esta época, durante el consulado de C. Cornelio y de Q. Minucio, refieren muchos autores, y entre ellos Eusebio y San Gerónimo, que se dió la representacion de la primera pieza dramática de Livio. Pero el error es craso, porque Ennio tenia entonces cuarenta años, y Livio, autor de la primera pieza del teatro latino, aun cuando no tuviese mas que esta edad, habria sido mas joven que Plauto y Nevio que habian dado ya muchas piezas antes de que gobernasen los cónsules que acabamos de nombrar.

Despues de la segunda guerra púnica, se construyó en Roma el templo de Minerva, que fue abierto á las representaciones de los poetas y de los histriones, y se les permitió ofrecer dones en honor de Livio, porque tambien habia sido á la vez autor y actor.

Apenas han quedado de este poeta doscientos versos ó fragmentos de versos y de sentencias, que han sido recogidos en las citas de los críticos y de los gramáticos, y que se encuentran reunidas en los *Comici latini*, el *Corpus poetarum*, la *Collectio pisaurentis*, y el *Teatro completo de los latinos*, publicado en frances por M. J. B. Levée. No podemos resistir á la tentacion de citar dos de estos versos sacados de la pieza, titulada *Ino* segun unos, y segun otros *Io*, tan armoniosos y pintorescos como los de Virgilio.

Pressaque jam gravidâ crepiten tibi terga pharetrâ.
Dirige odorisequos ad certa cubilia canes.

Ha habido tambien del mismo nombre otro poeta que vivió en tiempo del emperador Juliano, y un gramático natural de Siria.

Un buron.

Habiase ocultado ya el sol el dia 13 de agosto de 1776, y una hermosa joven, con un niño en brazos, estaba en el umbral de una casa de humilde apariencia, situada en la calle del Santo Cristo en el real sitio del Pardo. En sus ojos se notaba que se hallaba sumamente inquieta, y, al menor ruido, volvia la cara hácia donde habia sonado, como si á alguien esperara.

—Ya viene! dijo enagenada de alegria, al oir á lo lejos las pisadas de un hombre. No es él! añadió con abatimiento cuando vió que el que se acercaba era un guardabosque.

—A Dios, comadre, díjole este en ademan de proseguir su camino.

—A dónde va V. tan de prisa, tio Jaime, sin dar un beso á su ahijado?

—A reunir á mis compañeros. Voto á.... Ni uno se me escapará!

—Pues qué ha sucedido? preguntó asustada la pobre muger.

—Qué ha de suceder?.... Que esos picaros cazadores que, sin respetar la veda, se introducen en el monte, me han hecho correr toda la tarde de Dios, y han tenido la osadía de huronear en mis barbas; sin embargo los seguia de cerca, porque no han tenido tiempo de retirar las redes de las bocas de la madriguera. Es preciso que estén dejados de la mano de Dios, pues aun no hace dos meses que fue sentenciado á presidio uno de esos infractores de la ley. Oh! si yo los atrapo! y los atraparé; y hoy mismo sin ir mas lejos! Me han visto marchar y están tranquilos; probablemente volverán á la madriguera para esperar que salga el huron que dejaron dentro: mientras tanto yo reuno á mis compañeros, cercamos el monte y... zas, caen en el garlito.

—Dios mio, Dios mio! V. no hará tal, dijo la pobre madre pálida y trémula, mientras que el guardabosque se estregaba las manos creyendo ya seguro el éxito de su estratagema.

En las miradas que Juana dirigia á su hijo, el ojo menos perspicaz hubiera podido leer: «Oh! si el padre de esta tierna criatura estuviera en casa..... Oh! si yo pudiera avisarle!... Y su boca, casi de acuerdo con su pensamiento, repetia balbuceando:

—V. no hará tal: no querrá causar la desgracia de un infeliz; de un padre tal vez... Reflexione V. lo horrible que será privar á un hijo de su padre!

—Ni al mio perdonaria yo, si le encontrara con las manos en la masa: soy esclavo de mis deberes. A Dios.

Juana conoció que nada conseguiria con súplicas; y, haciendo un esfuerzo para que no le abandonara el valor, recurrió al único medio de detener al guardabosque con lo que daba tiempo á que su marido se retirara.

—No quiere V. echar un trago? le preguntó con forzada sonrisa.

Jaime no encontró réplica para tan convincente argumento.

Un jarro habia sido vaciado ya, y otro tocaba á su fin cuando entro Pedro cargado con un haz de leña. Dejóle en el suelo; y al ver al guardabosque arrojó encima de la cama su morral con tanta precipitacion que se abrió al caer y de él se escapó una cosa oscura. Ay de él, si Jaime lo hubiese visto! Ay de él, si Jaime hubiese visto el huron que se deslizaba como una culebra! Pero el Valdepeñas empezaba á hacer efecto en su cerebro: hablaba por los codos y sus palabras no salian del círculo de su idea favorita: prender y castigar á los que robaban y codiciaban la caza real. Pedro no opinaba como él y le contradecia con mas obstinacion de la que acaso exigia la prudencia. Mas de una vez, Juana, que habia colocado á su hijo en la cuna, tuvo que mediar para cortar una discusion que se iba haciendo algo séria. Jaime afeaba á Pedro el que defendiese á los cazadores, y como este insistia en que la veda era una tiranía, le dijo:

—Puede que tambien seas tu de los que me han hecho correr esta tarde y voy á saberlo ahora mismo.

Acercóse á la cama y alargó la mano como para apoderarse del morral y examinar lo que contenia.

Pedro mudó de tono; protestó una y mil veces que no habia cazado conejo alguno y lo juró por su alma y por la de su hijo. En este momento dió este un grito agudo. Juana se puso pálida:

—Dios mio! esclamó santiguándose: por qué has pronunciado ese juramento?

Acercóse á la cuna y mecióla tan solo por dos minutos, porque su tierno hijo callaba.

Sin embargo se hacia tarde, y acordándose Jaime de que habia de reunir á sus compañeros y temiendo que se le malograra su plan, levantóse de repente, recogió la escopeta, colocóse el galoneado sombrero sobre la oreja derecha y echó á andar apresuradamente despues de haber brindado por su ahijado; porque.... eso sí, queria mucho al hijo de Pedro y Juana.

Luego que el guardabosque hubo desaparecido, cerró Pedro la puerta de la calle, desató el haz de leña que habia traido, y de entre el ramaje sacó cuatro conejos.

—Toma, dijo á su muger y ponlos á buen recado, si no quieres que el huron los devore; no ha comido desde esta mañana, y ahora se ha escapado. Por mas que le busco no doy con él: eh! no importa, añadió despues de haber hecho algunas tentativas para descubrirle; mañana le encontraremos dormido en algun rincon.

Juana despertó varias veces durante la noche y estrañó que su hijo durmiera tan profundamente. Basta tan poco para alarmar el amor maternal! Levantóse inquieta, encendió el candil que estaba colgado junto al hogar, se acercó de puntillas á su hijo, contempló sus facciones en cuanto se lo permitia la sábana que cubria la cuna y se acostó otra vez algo mas tranquila, diciendo:

—Cómo descansa! Qué hermoso estará mañana!

Al dia siguiente cuando ya el sol se introducia furtivamente á traves de la mal cerrada ventana de la alcoba de Juana, levantóse esta y corrió á la cuna para vestir á su hijo; apartó la sábana y vió al huron agazapado junto al niño; la almohada estaba salpicada de sangre. La pobre madre, llena de zozobra y temblando levantó á su hijo: estaba pálido! estaba frio! De su cuello, destrozado por un diente afilado, corria aun la poca sangre que el huron no habia chupado.

Lloros, gritos y gemidos poblaron el aire; Juana lloraba á su hijo, y no admitia ningun consuelo, porque él ya no existia!

Sentenciado Pedro á presidio por huronear en vedado, debió su perdon á la clemencia de Carlos III; y Juana debió tambien á la bondad del mejor de los reyes un asilo en un hospital: estaba loca. Lloraba, lloraba á su hijo y no queria admitir ningun consuelo, porque él ya no existia!

Gaspar Fernando Coll.

La lámpara

DE S. JUSTO.

En medio de la capilla que hay á la derecha del sepulcro de Felipe el Audaz, en la iglesia de San Justo de Narbona, veíase arder dia y noche, no hará todavía un siglo, una magnífica lámpara de plata. El año de 1734 fue robada la lámpara y no pudiendo costear sin duda otra de tanto valor como la primera, pusieron en su lugar un cirio que tambien debia estar encendido constantemente; pero el cirio no escitaba la adoracion de los fieles del modo que lo hacia la preciosa lámpara, y este fue el motivo de que acabase por desaparecer igualmente en 1750. Hé aqui lo que hemos podido indagar acerca del origen y fundacion de la lámpara, por personas que segun decian, la habian visto.

Serian las doce de la noche del 12 de febrero de 1347, cuando un caballero joven, seguido de cuatro hombres de armas á caballo, se detenia ante la puerta de Luciano Marrechi, rico mercader italiano establecido en Narbona. Viendo que no se daban prisa á abrirle la puerta á pesar de los repetidos golpes que habia hecho resonar en ella, iba á mandar ya que la echasen al suelo, cuando se abrió aquella de pronto y dió entrada á una estancia de humilde apariencia y escasamente alumbrada. El que abrió la puerta era un anciano de corta estatura y aire receloso; sus miradas inquietas parecian querer adivinar las intenciones y deseos de los que asi entraban en su casa. No bien hubieron entrado los hombres de armas, se precipitó hácia el que los capitaneaba una joven medio desnuda y lanzándose en sus brazos, esclamó:

—Ah! eres tú, Arturo mio; te esperaba inquieta; he conocido desde lejos el paso de tu corcel.

Apenas acabó estas palabras, se desprendió de los brazos del caballero y retrocedió asustada, porque el terso y frio acero de la coraza habia helado el seno virginal y palpitan-

te de la joven. Consideró algunos momentos al desconocido, y dejándose caer en un estrecho asiento de baqueta negra, prorumpió sorprendida:

—Ah! no es Arturo.

—No, contestó el caballero. No soy el dichoso Arturo, que trae ricos presentes á su hermosa desposada Diana Marrechi. Soy Juan de Lille-Jourdain, y vengo á ejecutar las órdenes del rey de Francia.

—Bien, repitió el anciano: siendo asi, puedes recojerte, Diana; yo basto para hacer los honores debidos al señor de Lille-Jourdain.

—No te molestes, volvió á decir aquel, porque desde este momento ni tú ni los tuyos teneis casa ni hogar. Vendreis presos con nosotros, y vuestros bienes serán confiscados.

—Tú deliras por fuerza, esclamó Marrechi acercando la luz al rostro de Juan, ó vienes á divertirte con nosotros inventando esta farsa. No olvides que estamos bajo la proteccion de los cónsules de la ciudad, y que sus gentes han sabido castigar á todo arrojado doncel que ha cometido la imprudencia de desconocer su sello y autoridad. Aqui tienes la patente por la que estoy autorizado para vender ó comprar segun mi antojo toda especie de alhajas y piedras preciosas. Retírate, si no quieres que dé queja y acudan los vecinos á mi socorro.

—Ea, muchachos, dijo el jóven volviéndose á los soldados; haced entender á ese italiano que el rey tiene el capricho de apoderarse de sus bienes como indemnizacion de la negativa de los señores del Languedoc.

Los soldados obedecieron y agarrotaron al anciano. Diana, inmovil y cubierta con una finísima bata de seda, sin sentir el frio glacial que entumecia sus pies, ni advertir que se hallaba casi desnuda delante de tantos hombres, miraba al caballero con ojos fijos y desencajados. El anciano esclamaba entre tanto con el acento de la desesperacion.

—Misericordia divina! qué va á ser de nosotros?

—Voy á decírtelo, respondió el joven, tú, como cabeza de la familia, irás á podrirte en un calabozo con todos los demas italianos que hay en la comarca.

—Y mi casa? mis riquezas? mis mercancías? quién cuidará de ellas?

—Tu casa! añadió el caballero, nosotros nos llevaremos las llaves, y te juro que los comisarios del rey no permitirán que se eche á perder nada de lo que hay en ella.

—Justo Dios! prorumpió el anciano aterrado por tanta desgracia, y mi hija, mi pobre hija!

—Tu hija será echada de la ciudad con las demas.

—Echada! repitió el anciano queriendo romper los cordeles que le tenian sujeto.

Aquella palabra sacó de su inmovilidad á Diana, y levantándose repentinamente cojió por el brazo al caballero con un movimiento convulsivo mirándole fijamente al rostro:

—Dónde quieres que Arturo me encuentre, le dijo, si me echan de aqui?

Juan de Lille-Jourdain contempló un momento en silencio aquella hermosa cabeza italiana, cuyos negros y dilatados rizos se perdian sobre unos hombros de alabastro, y se sonrió sin contestarla.

—Arturo la encontrará donde quiera, esclamó uno de los hombres de armas; no hay que perder tiempo, señor, tenemos que hacer esta noche otras treée visitas por este estilo, y no acabaremos nunca si hacemos caso de lloros de mugeres y viejos.

—Tienes razon, contestó el caballero con tono resuelto; vamos, muchacha, date priesa porque tenemos que dejarte fuera de las puertas de la ciudad.

—Oh! no me echeis de aqui, gritó Diana, postrándose ante el caballero, y abrazando sus rodillas; dejadme esta noche al menos en Narbona; me estaré en el dintel de esa puerta inmóvil y silenciosa como un cadaver, no diré nada. Os juro que no haré mas que aguardar el regreso de Arturo, y no temais que mañana os acusen de no haber ejecutado fielmente vuestro deber, porque mañana estaré ya muerta de dolor y de frio si él no viniese esta noche.

Juan de Lille-Jourdain apartó la vista de la joven, é hizo seña á los soldados para que acabasen de ejecutar sus órdenes. Diana se cojió á él exhalando acongojados sollozos y suplicándole que la matase; pero él la rechazó con aspereza. Los hombres de armas arrastraron al anciano fuera de la casa y la hermosa Diana cayó sin sentido en el suelo.

—A Dios, hija mia, á Dios! gritóla Luciano. Nunca creí que yo habia de verte morir!

Levantóse rápidamente la joven á estas palabras, y lanzando una mirada de desprecio sobre Juan, respondió á su padre con voz ronca pero llena de entereza.

—Padre mio, ya no quiero morir.

Ni Juan ni el anciano comprendieron aquellas palabras y unicamente las tomaron por una amenaza.

(*Se concluirá.*)

UN DEPOSITO BIEN GUARDADO.

Despues de la revolucion de 1830, un especulador de Paris, víctima de los acontecimientos, tomó el partido de atravesar los mares para buscar mejor fortuna, y dejó en poder de un sincero amigo 30,000 francos, que debian, en último caso, proporcionarle una mediana subsistencia. Cerca de diez años habian trascurrido, sin que hubiese mediado la menor correspondencia entre el depositario y el deponente: pero no habiendo encontrado este último en el Nuevo Mundo la fortuna que habia renunciado á perseguir en el continente ha regresado á Francia para emprender otra vez los negocios con el importe de su depósito. Luego que llegó á Paris, se informó de la habitacion y situacion de su amigo; y supo que vivia en una bohardilla de la calle de Froidmanteau, y que estaba pereciendo de resultas de haberse jugado cuanto tenia. Desesperado, corre al domicilio indicado, sube á la bohardilla, abre la puerta y ve á su antiguo amigo en cueros, sentado en un cofrecito que es el único mueble que posee. Se queja amargamente, le echa en cara su vil proceder, su mala fe, le amenaza!.... Este sin desplegar sus labios, se levanta, abre el cofre, agarra á su amigo de la mano y le enseña los 300,000 francos en oro; y á las escusas que le dirige, contesta pidiendo algunos sueldos para comprar pan.

Crónica.

TEATRO DEL PRINCIPE. La noche del viernes último, se representó por primera vez en este coliseo, y á beneficio de D. José Garcia Luna, el drama original en cinco actos y en verso, titulado *D. Alvaro de Luna.* En el próximo número analizaremos esta obra, limitándonos ahora á decir que obtuvo un éxito brillante, y que el nombre de su autor don Antonio Gil y Zárate, fué revelado al público que le pedia entusiasmado, y en medio de una salva de aplausos.

TEATRO DE BUENA-VISTA. Tenemos entendido que la esquisita susceptibilidad de los actores de este teatro se ha resentido de lo que dijimos en nuestro anterior número, acerca de la ejecucion de la comedia *Me quiero casar.* Habiendonos sin embargo propuesto hablar en este punto con toda la claridad y franqueza que de suyo requiere, andamos buscando en nuestro pobre caletre todos los medios imaginables de hacerlos llevadera la píldora llamada comunmente crítica, y por último hemos encontrado uno que nos ha parecido sumamente candoroso y que nada tiene de amargo. Es como sigue:

En la noche del 29 del corriente, se puso en escena en el mencionado teatro, el drama de don Gerónimo Moran, titulado *Los cortesanos de don Juan el II.* El éxito fue muy inferior al mérito de la obra.

TEATRO DE ORIENTE. Podemos asegurar que los bailes de máscara en este teatro serán lo mas brillante que en este género se ha visto hasta ahora en Madrid.

GALERIA PINTORESCA ESPAÑOLA. La hermosa coleccion de estampas inventadas y litografiadas que publica el apreciable artista don J. Van-Halen, y que de dia en dia mejora considerablemente, acaba de dar á luz el retrato del emperador Carlos V y el de su esposa doña Isabel de Portugal.

FUNCION DRAMATICA EN EL LICEO. La que se habia anunciado á beneficio del desgraciado Esquivel, parece se dilatará hasta fines de este mes, con la idea de hacerla mas amena y digna del filantrópico objeto á que está destinada. Segun tenemos entendido, se ha invitado á todos nuestros mas acreditados literatos, á que contribuyan con producciones originales, de las que se escogerán las mas dignas de representarse; por manera que esta funcion será acaso la mas amena y variada de cuantas hasta ahora se han dado en este establecimiento.

COMEDIA NUEVA. Sabemos que un distinguido poeta ha concluido una en verso con el título de *El Zapatero y el Rey,* escrita espresamente para beneficio de doña Bárbara Lamadrid, primera actriz del teatro del Príncipe.

EL ENCUBIERTO DE VALENCIA: tal es el título de un drama en cinco actos y en verso, que acaba de escribir un ingenio de esta corte.

TEATROS DE CADIZ. En el Principal se ejecutó el 21 del pasado la comedia del inmortal Calderon, titulada *Nadie fie su secreto*; destrozada (vulgo) refundida por don José Tamayo; y el 23 el drama nuevo *El Capitan azul,* cuya obra pasó á duras pena. Se estaba disponiendo para poner en escena la tragedia nueva en aquel teatro, original de don José Lorenzo Figueroa, titulada *Isabel de la Paz*, aplaudida con entusiasmo en el de Sevilla. En el del Balon se representó el dia 20 del mismo mes, *Un dia de campo*, comedia en tres actos de don Manuel Breton de los Herreros, y el 27 el espantoso melodrama *Cristiano, ó las Máscaras negras.*

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.